

EL VIRREY

A mí está sujeto;  
yo sé quién es únicamente,  
y á ese precio solamente  
os vendo vuestro secreto.

DON GARCÍA

Sea. ¡Dios lo quiere así!  
No puede mi corazón  
con tan grave tentación;  
sucumba mi honor aquí.  
Escribid que os dejo dueño

(El Virrey escribe.)

del mando dos horas más,  
y de no volverme atrás,  
palabra y firma os empeño.

EL VIRREY

Firmad, pues.

DON GARCÍA

Tomad.

EL VIRREY

(Con ironía.)

Señor,  
hoy me habéis hecho feliz.

DON GARCÍA

Y á mí vos, con vuestro ardid,  
me habéis hecho ser traidor.

EL VIRREY

Pasemos á ese aposento,  
pues primero de entregárosle  
necesito asegurárosle.

DON GARCÍA

Pero sed breve.

EL VIRREY

Un momento.

(Entran por la puerta que da á la cámara del Virrey, y en este momento se oye la serenata al pie del balcón, y suenan voces de: ¡Viva el Conde de Vergara! ¡Viva el libertador de Nápoles!)

ESCENA XII

DIEGO, con linterna y llaves.

Ya se fueron; bien me lo imaginé cuando dejé de oírlos á través de la cerradura. Y á fe, que hubiera dado cualquier prenda buena por oír su conservación. Sin embargo, de nada me han servido mis sentidos de espía. Este aposento se come las palabras que se pronuncian dentro de él, y no he alcanzado más que murmullo. ¡Cómo ha de ser! Vamos á separar al Conde de Monforte de su hermosa mitad, antes que Su Excelencia me los coja en el garlito. (Vivas fuera, y se asoma Diego al balcón.) Sí, sí, tocad. Así como así, mañana puede ser que os den doble cantidad de la que yo os he dado hoy, para tocar en nuestro entierro. Pero como así no sea, ¡vive Dios, que he de volver á buscaros para tocar en los funerales del Virrey, á quien celebráis! Mas no perdamos tiempo, que da dos veces quien da primero, y hombre prevenido vale por dos, como dice el refrán de nuestra tierra.

(Entra por la puerta secreta de la izquierda, que conduce á las prisiones.)

## ACTO TERCERO

Prisión en el interior del palacio del Virrey. Puerta en el fondo, con una rejilla en medio, á través de la cual se alcanza una larga y oscura galería, guardada por centinelas. En la prisión, y á la izquierda, una puerta secreta, y un balconcillo á la derecha.

ESCENA PRIMERA

DON RODRIGO y ANGELINA

ANGELINA

Si es cierto, Rodrigo, inclina la frente, que yo te vea: el placer completo sea de tu adorada Angelina, y en dicha tamaña crea. No hay más que tú para mí; escuche yo de tu acento palabras de amor aquí, y es tuyo mi pensamiento, mi existencia es para ti. ¡Suspiras!

DON RODRIGO

Miro en tu frente tan galano resplendor, aureola tan refulgente, que suspira tristemente el pecho ansioso de amor. ¡Por Dios! En donaire sola, en gala y cortesanía, bien puede á la luz del día mi enamorada española disputar la primacía. Es tanto el placer que siento viéndote, hermosa, á mi lado, y es tal mi enajenamiento, que olvida mi pensamiento nuestro destino menguado.

ANGELINA

Mayor, Rodrigo, es el gozo que mi alma siente, mayor; y á merced de este alborozo, es para mí el calabozo santuario de nuestro amor.

DON RODRIGO

Ilusoria es por demás esa amorosa quimera; ¡soñando, Angelina, estás! que aquí la muerte me espera, y acaso tú...

ANGELINA

¡No, jamás!  
Vivir sin ti, ¿qué me vale?

DON RODRIGO

Sí, es cierto, Angelina hermosa....

ANGELINA

Sí, sí, Rodrigo; no hay cosa entre los hombres que iguale la dicha de ser tu esposa. Loca de amores dejé por ti mi patria y mi hogar, y embelesada, la fe del alma te consagré de hinojos ante el altar. Por ti crucé de los mares las alborotadas olas, y hoy, en tus nativos lares,

olvido por tus cantares  
mis canciones españolas.  
No hay más deidad para mí  
que la imagen que retrata  
el cristal en que te vi;  
jamás mi oración sin ti  
se elevó en la *Incoronata*.

DON RODRIGO

Angelina, ¡quién tuviera  
tu amante incredulidad!

ANGELINA

Sólo en el mundo me espera  
amor y felicidad  
á tu lado, viva ó muera.

DON RODRIGO

Mas no hallo fe en el espía.

ANGELINA

Libertarnos me juró.

DON RODRIGO

Sin duda que juraría  
por ver si revelaría  
secreto importante yo.  
Porque, Angelina, á juzgar  
por su faz torva y sañuda,  
por su siniestro mirar,  
mi fe en sus promesas duda;  
nada me atrevo á esperar.

ANGELINA

Rodrigo, no sé por qué,  
mas tengo en ese hombre fe,  
y no mi inspira recelo  
quien la cárcel hizo un cielo  
uniéndonos.

DON RODRIGO

Dicha fué,  
y un cielo es para los dos  
mientras juntos nos hallamos,  
mientras nos vemos y hablamos;  
y es del cielo, sí, ¡por Dios!  
el aire que respiramos.  
Mas.... ¡ay de mí! ¡Qué dolor  
será, y qué amarga la suerte,  
si nos conduce, traidor,

de los brazos del amor  
á los brazos de la muerte!

ANGELINA

Y á un tiempo nos matarán,  
porque á tu cuello mis brazos,  
Rodrigo, se anudarán;  
y á no hacérmelos pedazos,  
de ti no me apartarán.

DON RODRIGO

Mas no viene.... ¡Oh, tarda mucho!

ANGELINA

Vendrá para nuestro bien.

DON RODRIGO

A cada ruido que escucho,  
con dudas horribles lucho.

(Ruido de pasos.)

ANGELINA

¡Rodrigo!

DON RODRIGO

Angelina, ¿quién....

ANGELINA

Me ha parecido escuchar  
pisadas.

DON RODRIGO

Sí; oigo, á fe mía,  
por el caracol bajar.

ANGELINA

¡Cielos! Tiemblo á mi pesar.

(Abren.)

DON RODRIGO

¡Él es!

ANGELINA

¡Diego!

DIEGO

¡Ave María!

ESCENA II

DON RODRIGO, ANGELINA y DIEGO

DIEGO

¡Bendito sea Dios, amables jóvenes: no  
me ha costado poco trabajo llegar hasta  
aquí! Gracias á que yo estoy acostum-  
brado á vivir á salto de mata, y me es-  
curro como una anguila entre las espada-  
ñas, y paso sin ser visto por los ojos de  
las cerraduras y por los resquicios de las  
puertas, como un espíritu.

DON RODRIGO

Acabad, por compasión, buen hombre.  
¿Habéis entregado mi carta?

DIEGO

En la propia mano de vuestra madre,  
la Condesa viuda de Monforte.

ANGELINA y D. RODRIGO

Y ¿qué?

DIEGO

La pobre señora exhaló su dolor en la-  
mentos; me preguntó cien veces las cir-  
cunstancias de vuestra prisión; maldijo  
otras tantas la perfidia del Virrey, porque  
lo que es yo no me anduve en chiquitas,  
sino que la espeté la historia de las músi-  
cas que daba á esta señora á la puerta de  
vuestra casa de la calle Catalina, los dis-  
fraces que usaba para seguirla á Nuestra  
Señora de la *Incoronata*....

DON RODRIGO

Adelante, adelante; vamos á los efectos  
de vuestra relación.

DIEGO

Los efectos, señor Conde, son los si-  
guientes: vuestra madre, convencida del  
riesgo inminente que os amenaza, se ha  
vestido de luto, se ha lanzado á los pies  
de los nobles de la Sede Capuana, donde  
está inscrita vuestra familia, y les ha re-  
petido, palabra por palabra, cuanto yo la

he dicho de vos, de esta señora y del Vi-  
rrey. Podéis suponer que no me habré  
quedado corto con respecto al último. Sus  
lágrimas han enternecido á la aristocra-  
cia napolitana, que aborrece de muerte  
tanto al pueblo como al Virrey; se ha  
aprontado dinero, se han desenterrado  
hachas, lanzas, estoques, arcabuces, y, en  
una palabra, la conspiración que yo sofo-  
qué malamente ayer, cercenando cabezas  
de cuatro tontos, que acaso nada tenían  
en ella, cunde sordamente por los barrios  
más pacíficos de la ciudad, y el estallido  
será espantoso. Mi gente lo revuelve todo,  
y los agentes de la nobleza no se descui-  
dan. Pero aunque este negocio es de éxito  
infalible, todavía fío yo más en un per-  
sonaje misterioso que está en este mo-  
mento con el Virrey, y á quien ha hecho  
cejar hasta sus últimos atrincheramientos.

DON RODRIGO

¡Ah! ¿Qué puede hacer ese hombre solo  
contra todo el poder del Virrey de Ná-  
poles?

DIEGO

No toda la fuerza consiste en las espa-  
das que se llevan á la cintura, ni en las  
lanzas de los guardias que custodian un  
palacio. Unos pocos renglones de mala  
letra, escritos en un pedazo de mal papel,  
logran muchas veces lo que no consigui-  
eron poderosas armadas y ejércitos ague-  
rridos.

DON RODRIGO

¿Luego ese desconocido....

DIEGO

Viene de la corte de España.

DON RODRIGO

¿Con alguna misión secreta, sin duda?

DIEGO

Yo no atino á punto fijo con su misión;  
pero ello es que traía para mí uno de esos  
pedazos de papel de que os acabo de ha-  
blar, y al mostrármele anoche en una

callejuela obscura, y á la luz de un farolillo agonizante, os confieso que me quité respetuosamente mi sombrero, y le dije, con la frente inclinada hacia la tierra: «Mandad, señor; yo estoy pronto.» Ahora, ved si quien me hizo á mí descubrir y doblar la cabeza ante un papel, podrá hacer caer de rodillas al Virrey delante de otro. ¿Parece que os asombráis de mis noticias?

DON RODRIGO

Sí, en verdad.

DIEGO

Pues son más seguras que los cerrojos de vuestra prisión. Pero no gastemos el tiempo en palabras inútiles. El Virrey puede bajar por ese caracol de un instante á otro, y es preciso, señora Condesa, que no os encuentre aquí.

ANGELINA

Y ¿adónde queréis llevarme? Separarme de Monforte, mi esposo, es dejarme sin amparo, sin defensor, á merced de ese monstruo de perfidia y de libertinaje.

DIEGO

Con harto sentimiento mío voy á conducirlos á un aposento situado en la torre del Norte de este palacio, donde él mismo me ha mandado llevaros.

ANGELINA

¡Oh, no; no me apartaré de aquí un solo paso! Que venga, si quiere, á hacerme pedazos; pero sea á los ojos de Monforte, que me vengará ó morirá conmigo.

DON RODRIGO

Eso sí, ¡vive Dios!

DIEGO

No hay que afanarse tanto por tan poca cosa, señores. El esbirro Diego no os perderá de vista ni aquí ni en la torre del Norte, y estad descuidada, Condesa; el brazo y el puñal del esbirro Diego se interpondrán siempre entre vos y el

Conde de Vergara. Yo he sido hace tiempo vuestro ángel tutelar y su espíritu tentador. El Virrey está ya ligado á la tierra por un hilo muy delgado, y al menor esfuerzo de mi mano se romperá, y el abismo que yo he abierto á sus pies se le sorberá irremisiblemente. Pero es fuerza no darle tiempo á que sus sospechas se corroboren, y con sutiles maquinaciones retarde su hora y abrevie la nuestra. Os aseguro que nada tenéis que temer si me seguís, pero no respondo de nada si os quedáis.

DON RODRIGO

Separémonos, Angelina mía. El cielo velará por nosotros, y se encargará de vengarnos si ese hombre es un miserable impostor.

DIEGO

Dentro de una hora, señor Monforte, me presentaré delante de vos, y espero que habréis mudado de opinión. Vamos, que siento pasos en el caracol.

ANGELINA

Adiós, Monforte.

DON RODRIGO

Protéjanos su misericordia.

DIEGO

(Á Angelina.)

¡Ah! Esperad un instante.

(Á D. Rodrigo.)

El Virrey os hará probablemente una visita; conque será preciso que os encuentre atado como me encargó, para no dar pábulo á mis sospechas.

DON RODRIGO

¡Cobarde!

DIEGO

¡Oh! Sí; os teme, sin duda alguna, y acaso, en vez de bajar á encontraros cara á cara, se asomará por aquel balconcillo, infernal invención á favor de la cual se goza y se cerciora de los sufrimientos de sus víctimas.

DON RODRIGO

Sea en buen hora, y Dios os perdone esta afrenta, que tolero fiado en vuestras promesas.

(Diego le ata mientras habla.)

Adiós, Angelina mía; ruégale por nuestro porvenir.

DIEGO

Dios os guarde, joven. Dentro de una hora habremos subido á su tribunal, ó estaremos celebrando nuestra victoria en los salones del palacio del Virrey de Nápoles.

DON RODRIGO

¡Quiera nuestra buena estrella que sea como decís!

### ESCENA III

DON RODRIGO

¿Será verdad? Hipócrita y cobarde, ¿de mi desgracia mofará el espía, para arrancarme con placer más tarde la rica flor de la esperanza mía? ¿Será que así un ejemplo tenebroso de sublime tormento se le alcanza, ó cumple un mandamiento poderoso, protegiendo tal vez nuestra venganza? ¡Loca ilusión! No hay más que lo pre-

[sente

y el puñal que en secreto ya se aguza; necia ilusión que huye de la mente como polvo que el viento desmenuza.

¿Quién puede hallar en los chispazos ro-

[jos

que en sus pupilas á la voz se encienden de sangre y de venganza, que sus ojos las esperanzas de mi amor comprenden?

¿Quién no ve en su furtivo movimiento, que acecha la ocasión para lanzarse como el tigre feroz que está sediento,

y con sangre no más quiere embriagarse? No hay más allá; del misterioso espía la fúnebre y siniestra catadura,

hora: sólo de horror y de agonía al receloso corazón augura.

No hay más allá; mi sangre generosa, mi sangre manchará los escalones del cadalso, y allí, de gente ociosa servirán de ludibrio mis blasones. ¡Pobre Angelina! Al saludar un día tus pocos años y tu frente pura en la fértil, gentil Andalucía, patria, templo y edén de tu hermosa, en premio de tu amor no imaginaba que en las playas de Nápoles hubiese un caballero vil que te esperaba, y no tu amante, tu verdugo fuese. Perdóname, Angelina, si te pago tan tristemente tu pasión primera; funesto ha sido para ti y aciago lo que mi gloria y mi entusiasmo era. Este amor infeliz que me devora, este amor infeliz que nos tenemos, ¡ay, Angelina, dentro de una hora sepultura con él nos abriremos!

### ESCENA IV

DON RODRIGO y EL VIRREY

EL VIRREY

Salud al Conde de Monforte....

DON RODRIGO

¡Cielos!

¿El Conde de Vergara?

EL VIRREY

Que al impulso de la piedad se rinde, y generoso abandona el salón de los Virreyes, por acorrer en su postrera hora al mancebo gentil napolitano que se dignó estrechar de la española, embriagado en amor, la linda mano.

DON RODRIGO

Bien hacéis en reir amargamente y en el alma gozar; nuestro destino es diferente aquí; si no lo fuese, respondería mi valiente acero á la mofa sangrienta y al insulto del que es, aunque Virrey, mal caballero.

EL VIRREY

¡Que siempre lenguaraz el noble Conde,  
olvide mi razón y mi justicia!

DON RODRIGO

¿Razón, justicia, el Conde de Vergara?  
Hipocresía mucha.

EL VIRREY

¿Y la paciencia?

¿No os parece también de gran cuantía?  
Oídme, y pesaréis en lo que vale.  
Hay un Virrey en Nápoles....., el Conde  
de Vergara, Monforte, que celoso  
de cumplir su deber, en el mancebo  
de la Sede Capuana al peligroso  
conspirador halló.

DON RODRIGO

¡Mentís!.....

EL VIRREY

Si miento,  
ya sancionó, Monforte, la mentira  
el Consejo y la ley.... Preso Rodrigo,  
reclamó á tiempo de su noble stirpe  
los rancios privilegios, y celoso  
de cumplir su deber el de Vergara,  
cedió á su pretensión; y el pueblo todo  
de Nápoles entiende que se guardan  
con él los miramientos de costumbre.  
Mirad esa espaciosa galería;  
mirad la reja del encierro abierta;  
el pueblo hablaros puede; sois un noble;  
mas ¡ay del pueblo si llegó á esa puerta!  
Desde lejos os ve y os compadece.  
Yo os miro muy de cerca, y me consuelo.

DON RODRIGO

Y Dios, de tanto crimen ya cansado,  
la maldición preparará en el cielo.

EL VIRREY

Mientras que llega, seguiré la historia;  
y si en algo apreciáis vuestra existencia,  
no tan pronto la echéis de la memoria.  
Esos soldados que con faz adusta,  
ni reparan en vos, ni en la riqueza  
de esos vestidos, ni el bizarro porte,

ni imbéciles recuerdan la nobleza  
de que hicisteis alarde en el Consejo  
que de Castilla os distinguió en la corte,  
estatuas son; pero entendedlo, estatuas  
que al amagar no más la muchedumbre,  
con sangre y fuego cegarán la entrada  
al populacho alborotado y ciego  
que pretenda asaltar esta morada.  
Hay, sin embargo, una mujer.....

DON RODRIGO

Vergara.....,  
ten esa lengua; y si á manchar su nombre  
te atreves, pronunciándole tu boca,  
desde mi encierro escupiré en tu cara.

EL VIRREY

Angelina.....

DON RODRIGO

¡Villano!

EL VIRREY

No llegará hasta mí vuestra arrogancia;  
hay entre un preso, aunque de noble es-  
tirpe,  
y de Italia el Virrey, mucha distancia.  
Angelina tal vez pudo en un día,  
menos enamorada de Monforte,  
de amor cediendo á la demanda mía,  
la vida libertar y gentileza  
de su noble mancebo, y los blasones  
del que atrevido acaso, y con mancilla  
de la casa infanzona de Orellana,  
á un monasterio la robó en Sevilla.....  
Mas hoy es tarde ya: ría en buen hora  
su galana y espléndida hermosura;  
recuerde en su escondido calabozo  
el aura matinal que amante y pura  
meció en verjeles de pintadas flores  
vuestras sabrosas pláticas de amores.  
Dentro de poco, tan amante yugo,  
merced á la justicia de Vergara,  
romperá la cuchilla del verdugo.

DON RODRIGO

¡Piedad, señor, piedad! En mí tan sólo  
cébese tu rencor; yo he conspirado;  
yo he querido arrastar las españolas  
banderas por el fango, sí; yo he dicho

que era un villano el Conde Vergara,  
un infame traidor, un asesino.....  
Reid, Conde, reid.....; ese es el nombre  
que merecéis.....

EL VIRREY

A fe que me entenece  
tu súplica cortés, pero es ya tarde....  
Un sacerdote confesó á Angelina.....,  
y el sacerdote declaró al Consejo:  
ya ha firmado, Monforte, su sentencia;  
y ejecutada hoy, que no mañana,  
dentro de un hora su fatal destino  
te anunciará el clamor de la campana.

DON RODRIGO

Dejadme, por favor.....

EL VIRREY

Primero ella.....;  
yo te perdono á ti, yo te desprecio....  
Hay un anciano en Nápoles que quiere  
una afrenta vengar que tú le hiciste....  
Me ha comprado tu vida, y generoso,  
sin paga se la dí, y breve espacio  
á tu lado estará; poca distancia  
hay de tu calabozo á mi palacio.

ESCENA V

DON RODRIGO

¡Pobre Angelina! Horribles desengaños  
halló en mi patria tu cariño ardiente:  
¡tan pura y bella, y de tan pocos años,  
en Nápoles morir tan tristemente!  
¡Quién me dijera, ¡ay Dios! cuando rezaba  
en una catedral de Andalucía,  
que yo mismo ¡ay de mí! te preparaba  
prisión, cadenas y cadalso un día!  
¡Perdóname, mi bien! Antiguas salas  
de dorado artesón, montones de oro,  
de seda ricas y escogidas galas  
y de mi eterno amor el gran tesoro.....:  
he aquí, Angelina, el porvenir que ufano,  
en el calor de su ardorosa llama,  
el de Monforte presentó en su mano  
á la que mártir hoy padece y ama.

(Se arrodilla.)

TOMO IV

Cuando en el cielo, serafín hermoso,  
al lado de los ángeles sentada,  
desde tu asiento de eternal reposo  
dirijas á este mundo una mirada,  
búscame por doquier, ¡oh mi Angelina!  
que yo te juro me hallarás de hinojos,  
y desde el trono de tu luz divina,  
en ti clavados hallarás mis ojos.

ESCENA VI

DON RODRIGO y D. GARCÍA

DON RODRIGO

¡Ya viene el verdugo á mí!  
Recibe, pues, madre mía,  
el adiós de mi agonía  
que exhalo lejos de ti.

(Se arrodilla como en oración.)

DON GARCÍA

¡Cuán cobarde es la traición!  
Allí está ese hombre de hinojos,  
destilando por los ojos  
el miedo del corazón.  
Mancebo.....

DON RODRIGO

¿Qué quieres?

DON GARCÍA

¿Sabes  
cuántos años has vivido?

DON RODRIGO

A cortarlos has venido;  
suplicote, pues, que acabes.  
Y di á quien aquí te envía,  
después de mi ejecución,  
que sólo en su corazón  
cupiera tal villanía.

DON GARCÍA

Mancebo, engañado estás;  
ni yo su verdugo soy,  
ni á sus órdenes estoy,  
ni me obligaron jamás.  
A entrar en tu calabozo